

LA *INTELLIGENTSIA* CRÍTICA CHINA¹

Tal y como observa Wang Chaohua en su introducción a esta selección de ensayos, mientras que los lectores chinos contemporáneos

tienen acceso en su lengua nativa a amplias áreas de la literatura, la filosofía y el pensamiento político y económico occidentales, así como a sus obras clásicas e ideas contemporáneas del mundo [...], este proceso de familiarización cultural ha sido unilateral. Ni la amplitud ni la profundidad de la civilización tradicional china, ni la importancia de China en la historia universal moderna se encuentran reflejadas en una oferta comparable de traducciones occidentales del pensamiento y la cultura chinas.

En este libro, el objetivo de la autora es «contribuir, modestamente, a corregir este desequilibrio, presentando la diversidad de perspectivas existente entre los pensadores contemporáneos chinos de una manera directa».

Pocas personas discutirían la observación de Wang, aunque lo que ella tiene que decir, y el modo en que se expresa, conlleva una reflexión más honda a la que volveré más adelante. El propio proyecto se merece una generosa alabanza. *One China, Many Paths* reúne un listado floreciente de publicaciones con la intención de acercar a los lectores anglófonos a los procesos en los que está inmersa la República Popular China a través de las obras de los propios intelectuales chinos. Si bien la mayoría de los libros escritos hasta la fecha se han concentrado en la cultura y en el análisis cultural, la colección de Wang destaca por su atención a cuestiones relativas a la democracia y a la justicia social bajo la mirada de un distinguido y variado grupo de pensadores chinos. La importancia de este trabajo reside tanto en introducir en el mundo anglófono una serie de intelectuales bastante conocidos en los círculos chinos como en poner a disposición de este público un cuerpo de escritos sobre cuestiones sumamente relevantes para la crítica del camino desarrollista al que el Partido Comunista Chino ha lanzado al país.

Indudablemente, estas preocupaciones están relacionadas con la propia experiencia de Wang. Nacida en Pekín, ella fue una de las estudiantes

¹ Chaohua WANG (ed.), *One China, Many Paths*, Londres, Verso, 2003.

que, al igual que muchos de los escritores de esta recopilación, vio interrumpida su carrera en 1989, pero su formación política e intelectual se forjó durante los días más radicales de la Revolución Cultural. Se convirtió en líder del movimiento estudiantil en la plaza de Tiananmen y se enfrentó al primer ministro Li Peng en la cadena de televisión nacional. Tras la drástica intervención militar del 4 de junio, ella fue una de las dos mujeres incluidas en la lista de personas más buscadas difundida por el gobierno en la redada que se sucedió. Después de permanecer escondida durante ocho meses, consiguió llegar a Estados Unidos y, actualmente, es ensayista y estudiante de literatura china en UCLA. La mayoría de las personas cuyas contribuciones aparecen en el libro también forman parte del viejo *alumnæ* de 1989, cuya fecha de nacimiento se sitúa en la década de los cincuenta, pero sus diferencias se han acrecentado significativamente desde entonces a consecuencia de los acelerados cambios que ha experimentado la sociedad china, principalmente su vertiginosa incorporación al capitalismo global después de la famosa gira imperial por el sur del país de Deng Xiaoping en 1992, y las transformaciones culturales que esto ha acarreado, tanto en la esfera doméstica como en la relaciones de la República Popular China con el mundo globalmente considerado.

A raíz de una sugerencia de Wang Hui –el más conocido de estos intelectuales, tanto en Estados Unidos como en Europa, y cuya entrevista encabeza el libro–, Wang establece un paralelismo impreciso entre las décadas de los ochenta y los noventa y las dos décadas que siguieron al Movimiento del Cuatro de Mayo de 1919. En ambos casos, una década de euforia y excitación intelectual se vio sucedida por un periodo de sobriedad, introspección y complejidad intelectual después de atravesar un periodo de transición marcado por un acontecimiento traumático, en un caso, la purga en el Kuomintang del movimiento revolucionario en 1927 y, en otro, la masacre de Tiananmen de 1989. No obstante, ella es consciente de los límites de tales analogías que, habitualmente, dicen más acerca de la imagen que tienen de sí mismos quienes las establecen que de las realidades históricas de esas variaciones en el clima intelectual, o de la relación existente entre un periodo y otro. A pesar de la acogida entusiasta de las nuevas corrientes culturales venidas del extranjero (conocida como la «fiebre cultural»), el espíritu de la década de los ochenta estuvo inducido por las profundas ansiedades generadas por las incertidumbres posrevolucionarias que se mantenían –como todavía están presentes, si bien en menor medida– gracias a los brotes de represión o de relajación pautados desde el poder. Junio de 1989 fue una sorpresa, únicamente, para aquellos que habían llegado a creerse sus propias ilusiones acerca de las reformas de Deng. De hecho, los temas sobre la cultura y la sociedad tratados por los intelectuales en la década de los ochenta tenían más en común con los debates sobre la modernidad que habían tenido lugar durante la década de los treinta.

Por otro lado, la mayor complejidad de la indagación intelectual y cultural de la década de los noventa ha ido acompañada de serias dudas acerca del valor de esta actividad en una sociedad que –al menos en los núcleos más

importantes como Shanghai, Pekín y Guangzhou— ha venido a asumir todo el boato del consumismo avanzado, aunque rodeado de una intensificación de la pobreza y de la desigualdad. Los intelectuales se han recuperado de la severa marginalización y empobrecimiento que experimentaron durante la primera mitad de la década de los noventa. Sin embargo, al igual que sus homólogos en el resto del mundo, ahora se enfrentan al doble desafío de su propia devaluación como clase y de la mercantilización de la vida intelectual. Acertadamente, Wang identifica las dos tendencias que han acotado el contexto en el que se producen estos intercambios desde comienzos de siglo. En primer lugar, la emergencia de un «espacio de discusión chino» que pone en tela de juicio la verdadera relación de los intelectuales con la sociedad sobre la que escriben y, en segundo, la creciente profesionalización de la vida universitaria que, dentro del contexto de la mercantilización cultural, suscita serias cuestiones sobre la posibilidad de realizar un trabajo crítico. El hecho que dota de más urgencia a estos temas descansa en que esas mismas tendencias han abierto también las discusiones en la República Popular China a las modas pasajeras importadas del extranjero.

En la década de los ochenta, el trabajo cultural e intelectual en la República Popular China estuvo en gran medida determinado por un impulso a escapar de un opresivo legado socialista. Con la integración en la economía global, el desarrollo acelerado y la identificación cada vez más abierta del partido comunista con el capitalismo, los legados dejados atrás por el pasado revolucionario socialista empiezan a aflorar bajo una luz más positiva, dividiendo a los intelectuales a lo largo de nuevos caminos. Uno de los propósitos fundamentales de *One China, Many Paths* es transmitir el sentido de estas diferencias y el amplio espectro político en el que se ha defractado la vida intelectual crítica a raíz de las transformaciones sociales y los acontecimientos traumáticos sufridos por su sociedad. La recopilación revela elocuentemente las preocupaciones comunes que impulsan el trabajo intelectual políticamente comprometido en la República Popular China, así como los desacuerdos acerca de las soluciones que dividen a los propios pensadores.

La introducción de Wang ofrece una historia sucinta pero útil de la evolución de la escena intelectual china a lo largo de los quince años transcurridos desde 1989. En cierta medida, la división entre la «nueva izquierda» *versus* los «liberales», que había emergido durante la década de 1990, también caracteriza la selección de los ensayos recogidos en este volumen. Wang sugiere que cinco de los autores incluidos —Wang Hui, Gan Yang, Wang Xiaoming, Qian Liqun y Li Changping— pueden ser situados en el lado «izquierdo» del espectro político, y seis —Zhu Xueqin, Qin Hui, He Qinglian, Xiao Xuehui y Wang Yi— en el lado «liberal», mientras que Chen Pingyuan, Wang Anyi y Hu Angang «probablemente, negarían cualquier inclinación hacia uno u otro lado». Estas etiquetas son muy aproximativas debido a que se da un notable solapamiento entre las diversas posiciones que si bien comparten una actitud crítica hacia recientes des-

arrollos de la sociedad China, por lo demás se alinean a lo largo de un amplio espectro político. En la Primera Parte, que está integrada por cuatro extensas entrevistas, Wang Hui y Zhu Xueqin articulan de manera sólida la perspectiva de la nueva izquierda y el enfoque liberal, respectivamente, en tanto que representantes prominentes de estas posiciones. Chen Pingyuan expresa las inquietudes de un escritor empeñado en afirmar la importancia de la erudición frente al trabajo intelectual en general. Éste, también, fue un punto de partida para Wang Hui, junto a otros, en la revista *Xueren* (*Los Estudiantes*) a principios de la década de los noventa y ha sido uno de los detonantes del renacido interés por los *Gouxue* («estudios nacionales»), de orientación nacionalista, desde 1993. La entrevista con Qin Hui, profesor de Historia en Tsinghua, ofrece un análisis extraordinario y teóricamente incisivo de la desigualdad social y política existente dentro de la República Popular China que incluye un rico análisis comparativo histórico que toca la Grecia y la Roma antiguas, así como Rusia, China y Europa. Tal vez, la forma más adecuada de describir a este autor sea como un socialista/populista independiente, en lugar de como un pensador de orientación política liberal.

La Segunda Parte está dedicada a temas sociales. Resulta interesante, a la par que revelador, el hecho de que tres de las cuatro contribuciones estén firmadas por autores que Wang calificaría como «liberales». He Qinglian, cuyo memorable libro, *Modernization's Pitfalls*, estuvo inicialmente prohibido y desencadenó una oleada de crítica social, brinda un análisis conciso de una estructura de clase emergente en la República Popular China en un texto que, al igual que muchos de los escritos recopilados, fue presentado por primera vez en inglés en las páginas de la *NLR*. Los ensayos escritos por Wang Yi, Hu Angang y Li Changping ofrecen aceradas críticas de la corrupción y del saqueo de recursos por parte de una elite que se ha beneficiado enormemente tanto de la privatización orquestada por ella misma del patrimonio público como de la intensificación de la explotación de los trabajadores y de los campesinos en nombre de la superior eficiencia del socialismo en materia de desarrollo.

Las cuestiones culturales se abordan en la Tercera Parte del libro, donde Xiao Xuehui introduce una vibrante polémica acerca de la «industrialización» del sistema educativo en la que, nuevamente, el objetivo de la eficiencia se ve convertido en fetiche. El «Manifiesto de los Estudios Culturales», de Wang Xiaoming, emprende una crítica tenaz de la «nueva ideología» en tanto que camuflaje de los males que padece la sociedad así como, también, de la mercantilización de la cultura. La conocida novelista Wang Anyi es la única persona que aborda cuestiones de género, si bien, lamentablemente, su crítica a la modernidad y a la globalización es demasiado superficial como para añadir algo interesante a la riqueza condensada en este libro. Gan Yang, a quien sus escritos de la década de los ochenta le granjearon una considerable popularidad, examina en un ensayo no demasiado brillante la viabilidad del sistema político de partidos y del gobierno constitucional en China a la luz de la experiencia estadounidense con la pre-

gunta «¿Federalismo o Estado unificado?». En un singular ensayo, Qian Liqun se ocupa del legado revolucionario en el pensamiento chino, incluyendo el de Mao Zedong, que pintorescamente describe como «una fruta demasiado dura para comerla, pero imposible de desechar». Por último, en la Cuarta Parte del libro se recoge una discusión tripartita en torno a los futuros deseables para la República Popular China entre Wang Chaohua y Wang Dan y Li Minqi, otros dos destacados estudiantes protagonistas de los acontecimientos de Tiananmen. El análisis explícitamente marxista de Li Minqi encuentra un interlocutor en el liberalismo de Wang Dan, mientras que la propia posición de Wang Chaohua, situada en algún lugar entre las anteriores, revela las limitaciones del uso de los términos izquierda y liberal dentro de este contexto.

Según la distinción esbozada por Wang Hui, «los liberales aspiran a separar la esfera política y la económica, mientras que nosotros afirmamos que los problemas de ambas están entrelazados, ya que no siempre es posible establecer una distinción entre ambas o decir cuál de ellas es más decisiva». En esta recopilación, los intelectuales ligados a la «nueva izquierda» critican el fetichismo desarrollista que infunde el pensamiento de los actuales dirigentes del Partido Comunista Chino (PCCh) y la incorporación al capitalismo global alentada por las teleologías neoliberales, así como también el barniz ideológico con el que se encubren los nuevos problemas sociales, especialmente en el campo, y la mercantilización de la vida cotidiana. Al mismo tiempo, no están dispuestos a abandonar los legados de la revolución, incluido el de Mao Zedong, o a renunciar a la búsqueda de modernidades «alternativas». Por otro lado, los «liberales» hacen hincapié en los efectos distorsionadores de la dictadura del partido comunista sobre el cambio económico y social, y buscan en su eliminación las soluciones a los problemas causados por el desarrollo. Zhu Xueqin sintetiza esta idea afirmando que «la principal razón de la divergencia entre los liberales y la nueva izquierda está clara, mientras que los últimos se centran en criticar la economía de mercado, los primeros apelan a la reforma del sistema político. Aquí yace la raíz de la diferencia entre ambas posiciones».

Ahora bien, el hecho de que esto vaya unido o no a un rechazo a reconocer una relación entre la política y la economía, como sugiere Wang Hui, es otra cuestión. La fuerza de las contribuciones identificadas con el bando liberal obedece a su condena severa no sólo de la ausencia de democracia, sino, también, de la profundización de las injusticias sociales en su país. En una ocasión, Xu Ming, editor jefe de la colección «Los problemas de China» y responsable de la edición continental del libro de He Qinglian *Modernization's Pitfalls* —una persona a la que, según la lógica tanto de Wang Hui como de Zhu Xueqin, habría que calificar de liberal—, me dijo que él y su grupo eran los «verdaderos marxistas» de la República Popular China, tomando una perspectiva que ve en el marxismo la justificación teórica a la determinación económica de las relaciones sociales y políticas. Desde este punto de vista, la plena realización del sistema de libre mercado es la precondition para la transformación política y para limar la desigualdad social. Lógi-

camente, el marxismo radical cuestiona el sistema de libre mercado y éste es el punto de partida de la nueva izquierda china. Igualmente, dedica una atención especial a las cuestiones de poder y de dominación por parte de las multinacionales dentro de un sistema capitalista que alienta la globalización. Los liberales depositan gran parte de sus esperanzas en las estrategias de privatización y en la incorporación estructural de China a la economía global. Con la admisión de la República Popular China en la OMC y las recientes privatizaciones llevadas a cabo, estas demandas se están viendo cumplidas neutralizando gran parte de la crítica liberal al PCCh. El desarrollo de estas políticas verificará la solvencia de las soluciones liberales a los problemas de democracia y de injusticia social existentes. Por supuesto, actualmente, la democracia en la República Popular China es algo bastante lejano y si sirven de muestra las consecuencias que ha tenido la implantación del neoliberalismo en otras partes del globo, probablemente, el logro de la justicia social a través de la incorporación al mercado global seguirá siendo un objetivo totalmente utópico.

Un aspecto especialmente interesante descansa en el hecho de que, durante la última década, el desarrollo económico ha traído consigo su propia batería de problemas. De nuevo, los intelectuales chinos pueden abordar cuestiones relacionadas con la democracia política o con la justicia social apelando, entretanto, a posiciones que hace apenas unos años eran sospechosas por su vinculación con el «conservadurismo» dentro de las filas del Partido Comunista Chino. Esto tampoco debe conducir a que las etiquetas que estos pensadores se atribuyen mutuamente nublen las complejidades de la escena intelectual, ni las transfiguraciones radicales experimentadas en la política de izquierdas, liberal o, incluso, conservadora en un entorno intelectual postsocialista todavía dominado por un partido comunista que sigue empeñado en llevar al país al capitalismo en nombre de un comunismo cada día más remoto. En este punto, la izquierda ha adoptado la posición más crítica respecto a la política del PCCh en nombre de la democracia y de la justicia social, como se evidencia en las cuestiones que plantea, desde mediados de la década de los noventa, al hilo de la preocupación suscitada por la globalización. Los liberales –que critican a los neoliberales porque si bien ejercen una influencia en la formulación de las directrices políticas, por lo demás se muestran bastante cómodos a la hora de encajar el despotismo político– se centran, por el contrario, en la reforma del sistema político, de la que esperan no sólo que traiga la democracia, sino también que palíe la injusticia social. Los conservadores (que no están representados en esta recopilación) insisten en revivir las tradiciones nacionales, pero aspiran a articularlas dentro de los parámetros de un «socialismo con rasgos chinos».

Desde la década de los noventa la preocupación por la «globalización» ha hecho emerger nuevas complicaciones, a la vez que ha aumentado la visibilidad de la fisura existente entre la corriente liberal y la nueva izquierda, que tal vez puede considerarse en sí misma como una manifestación de los efectos de la globalización en el pensamiento chino. A partir del lideraz-

go de Jiang-Zhu, y bajo Hu Jintao y Wen Jiabao, el partido único de la República Popular China ha estado comprometido no sólo con la apertura del país al capitalismo global –como demuestra la incorporación a la OMC–, sino también con proyectar su poder nacional en la escena mundial, uno de cuyos ejemplos es la celebración de las Olimpiadas de 2008 en Pekín. El cosmopolitismo liberal y el «nacionalismo» de la nueva izquierda se entrelazan con cuestiones más amplias sobre el desarrollo nacional, el poder y la identidad, que dotan a sus respectivos proyectos políticos de una inestabilidad considerable. Asimismo, este contexto es importante para aferrar los significados que conllevan las diversas etiquetas políticas en la vida intelectual china.

Cualquier selección de este tipo es fácilmente acusada de favorecer ciertas tendencias sobre otras. Dadas las complejidades del panorama intelectual sumamente cambiante en la República Popular China, sería difícil reunir una colección verdaderamente representativa de la escena en su conjunto. Sin embargo, la editora podría haber sido más explícita a la hora de detallar la orientación del libro así como sus objetivos. Desde una perspectiva más técnica, no carece de importancia, dada la rapidez con la que se han sucedido los cambios en la República Popular China durante los últimos quince años, señalar cuándo y dónde fue publicado un ensayo por primera vez. Esta información no aparece en gran parte de los ensayos, especialmente en los artículos inéditos o en aquellos que inicialmente circularon a través de Internet. «La distinción intelectual y la representación política», tomadas por la editora como el criterio fundamental de selección utilizado para el libro, no garantizan que se transmita una visión exhaustiva o imparcial de la escena intelectual de la República Popular China. Lo primero es fruto de una valoración y no es en sí mismo un indicador de la influencia pública que haya llegado a tener un determinado texto. Tampoco el abanico político aquí representado agota, en absoluto, la diversidad existente en la vida intelectual china. La propia Wang Chaoua señala varias ausencias, desde intelectuales tecnócratas a representantes de las nacionalidades. Podrían añadirse los neoliberales, los defensores del conservadurismo cultural, los valedores de la globalización económica y cultural, los ecologistas y los intelectuales del partido (no sólo los intelectuales que están en el partido, que son muchos, sino también aquellos implicados en el proceso de aportar al PCCh nuevas ideas y orientaciones). Casualmente, los escritores recogidos en este volumen están bastante distribuidos en términos de sus orígenes geográficos, pero esto no tiene mucho mérito, ya que actualmente la mayoría trabaja fuera de los núcleos más importantes como Pekín o Shanghai. No hay un esfuerzo explícito por lograr una representación regional per se, a pesar de que debería ser crucial dado que las desigualdades entre los intelectuales están en gran medida en función de su localización actual que es, incluso, más importante que el lugar de nacimiento en términos del juicio que se emite sobre ellos en la escena nacional (e internacional). Finalmente, como puede observarse, la editora señala que el espacio intelectual ya no se corresponde con las fronteras nacionales, especialmente

gracias a la progresiva importancia que está adquiriendo Internet. Los intelectuales que se hallan en el extranjero participan en estas discusiones y, aunque pueda haber muchas razones prácticas para excluirles –por ejemplo, que sus escritos ya están disponibles en inglés–, el resultado global del libro es producir una distorsión del contexto en el que tiene lugar el debate.

A pesar de la importancia de las cuestiones relativas a la democracia y a la justicia social sobre las que el libro centra su atención, también debería señalarse que esta selección ignora, en su preocupación por los asuntos chinos, el silencio de los intelectuales chinos respecto a cuestiones globales de suma importancia, lo cual podría ayudar a explicar por qué estos mismos intelectuales no han adquirido una visibilidad o relevancia considerables en la escena intelectual internacional. Uno de los aspectos a tener en cuenta es que los intelectuales, independientemente de la posición que adopten, no son inmunes a las presiones de su entorno social. En China, resulta destacable la facilidad con la que muchos de ellos, especialmente en las instituciones y en los centros urbanos, han vuelto a deslizarse al papel de una elite tras la privación económica que sufrieron a principios de la década de los noventa. En algunos casos, esto se ha visto facilitado por las becas otorgadas en el extranjero, incluyendo las de origen europeo, estadounidense y japonés. Posiblemente, un acercamiento sociológico a la trayectoria seguida por los intelectuales sea crucial para comprender su producción cultural y *One China, Many Paths* podría haber dedicado una atención más precisa a este problema, aunque sólo sea para introducir las crecientes semejanzas entre la escena intelectual china y la del resto del globo.

El otro tema importante es la asimetría en el acceso en lengua nativa al pensamiento chino o euroestadounidense, a la que me referí al comienzo de este artículo. La crítica de Wang no es excepcional, haciéndose eco, por ejemplo, de Theodore Hutters cuando escribe en su introducción al libro de Wang Hui *China's New Order* que «desde hace tiempo ha sido un motivo de preocupación entre los chinos, incluso entre aquellos con un nivel educativo modesto, el hecho de que haya una atención y un conocimiento mucho mayor de Occidente entre la sociedad china común que la conciencia que se tiene de China entre los occidentales». Esta cuestión ha sido frecuentemente señalada respecto a las desigualdades entre Estados Unidos y Europa y el Tercer Mundo. No se trata de que el Primer Mundo no conozca al Tercero, ya que en ciertos sentidos cabría sostener que el Primer Mundo sabe más acerca del Tercero de lo que éste sabe sobre sí mismo. Más bien, las cuestiones son ¿quién tiene el conocimiento?, ¿qué tipo de saber posee? y ¿cuál es la finalidad del mismo? En la mayoría de los casos, falta un interés por otras formas de conocimiento. Es posible que lo que tengan que decir los pensadores chinos tenga relevancia para los especialistas chinos, pero sería difícil sostener que posee un interés intelectual general y puede que a los propios especialistas les interese exagerar las contribuciones de los intelectuales chinos al pensa-

miento contemporáneo, lo cual de hecho puede suponer poco más que la transferencia del síndrome Gao Xingjian del campo de la literatura a la esfera de la filosofía y de la crítica social.

Tan importantes son los legados del poder colonial en esta relación asimétrica como la hegemonía ideológica que continúa afianzándolos. Asimismo, es necesario observar que entre los intelectuales chinos continúa prevaleciendo lo que yo describiría como una mentalidad del «Reino del Centro», no en su sentido común y engañoso de un desprecio arrogante hacia el mundo, sino por el contrario como una preocupación obsesiva y de miras estrechas sobre China y su relación con «Occidente». La resistencia de los intelectuales chinos a hablar sobre temas globales de interés general, incluso cuando la República Popular China está en camino de alcanzar el *status* de potencia mundial, es un rasgo llamativo que caracteriza la mayor parte de su trabajo. En este sentido, la atención exclusiva al eje entre China y Occidente, un lugar común en estos debates, indica una ignorancia del mundo existente más allá del espacio chino-occidental que conduce a una reificación tanto de China como de Occidente, incluso entre los deconstructivistas y los posmodernos más entusiastas. Irónicamente, las conferencias sobre globalización (que se han convertido en una industria secundaria en la República Popular China) también siguen atrapadas dentro de esta matriz específica y, por regla general, su público se restringe a participantes de China, América del Norte y Europa y ni siquiera se extienden a sociedades vecinas, por no mencionar a naciones más remotas del Tercer Mundo. En otras palabras, muchos intelectuales chinos son cómplices del proceso de convertir a Occidente en un fetiche y en la legitimación de las relaciones de poder que ellos mismos critican. Así pues, contribuyen, a su modo, a la perpetuación de las desigualdades en el saber mundial, no sólo entre Europa y Estados Unidos y China sino, también entre China y el resto del mundo. Se trata de una diferencia bastante notable respecto a un pasado radical en el que, independientemente de las realidades que estuvieran en juego, los intelectuales chinos aspiraban, al menos, a desafiar las disparidades intelectuales y culturales dentro de una sociedad revolucionaria que buscaba transformar las relaciones de poder de clase a escala global. Es importante para el mundo tener acceso al pensamiento de los intelectuales chinos, pero para superar la hegemonía euro-estadounidense es igualmente importante que los intelectuales de la República Popular China se impliquen en un mundo habitado por unas ideas y una cultura que no está atado a geografías de poder heredadas.

Los intelectuales que se encuentran en la República Popular China no son los únicos que no perciben este problema, sino que los promotores de este país en Estados Unidos y en Europa también parecen ser constitutivamente incapaces de aceptar que China es exactamente igual a cualquier otra sociedad que en su camino particular de fuga de la dominación hace que otras salgan perjudicadas. Es importante que el país sea «mundializado», no sólo para la República Popular China, sino también para el mundo

en general. *One China, Many Paths* ofrece ejemplos de la forma de pensar asociada a los sectores más progresistas de este país. También brinda un elocuente tributo a las limitaciones creadas por las hegemonías pasadas y presentes a las capacidades de los pensadores chinos para proporcionar un liderazgo intelectual en una infinidad de problemas contemporáneos que no son sólo chinos, sino globales, tanto en sus orígenes como en sus consecuencias. Hay autores que están dispuestos a desafiar los estragos estadounidenses en el paisaje global y a enfrentarse a los legados del colonialismo. En este libro sus voces se escuchan sólo de manera marginal, ya que la mayoría de las aportaciones están enfocadas a cuestiones relativas a la izquierda o al liberalismo de centro, en las que la herencia radical del pasado aparece meramente como una presencia espectral e insustancial cuando se traduce al lenguaje de la política académica.

Los intelectuales chinos contemporáneos se enfrentan a problemas producidos por un entorno social y político específico, pero también se enfrentan a muchas de las cuestiones a las que nos enfrentamos el resto de nosotros, aunque ellos las experimenten bajo circunstancias diferentes. Es necesario que reconozcamos los modos en los que han sido menospreciados por osar a convertirse en críticos sociales o, únicamente, por ser diferentes. Igualmente, es importante no dejar que en el futuro los recuerdos de la represión política se interpongan en el esfuerzo por expandir la esfera de libertad cuando, de hecho, las experiencias pasadas pueden catapultar a los intelectuales chinos al primer plano de las luchas por conquistar mayores grados de libertad. A su vez, ellos deben aprender a hablar en otra lengua, no sólo la lengua de las naciones y de los Estados, sino la lengua de la democracia y de la justicia cuya relevancia desborda las fronteras políticas y culturales de China. Los pensadores que aparecen en este libro hablan esta lengua. Pero para alcanzar el merecido reconocimiento de sus actividades como intelectuales críticos, necesitan invertir un mayor esfuerzo en superar sus limitaciones autoimpuestas para participar en el diálogo global (no sólo «occidental»).